

Venezuela: ¿Cultura política en trance? Andrés Cañizález

En Venezuela no ha existido un poderoso marco ideológico capaz de aglutinar esfuerzos, exigir sacrificios, postergar gratificaciones y dar un sentido de orientación al país o a sus grupos dirigentes. En el último cuarto de siglo sólo hemos tenido un conjunto más o menos difuso de ideas que se refieren a que el país debe desarrollarse, que debe ser democrático y que debe haber igualdad social.

Moisés Naím y Ramón Piñango
El caso Venezuela: Una ilusión de armonía
1986

Primeras anotaciones

Es necesario comenzar con algunas precisiones, antes de abordar propiamente aspectos de la cultura política del venezolano. Entendemos, siguiendo a González Fabre, que la cultura “es un acontecimiento histórico”, por lo que viéndola en perspectiva “la recibimos de nuestros mayores, la modificamos con nuestro modo de vida y nuestras acciones, y la transmitimos modificada a las siguientes generaciones” (González Fabre, 2005:10). No es, entonces, una dimensión que predetermina nuestro modo de actuar, como lo han planteado de forma casi caricaturesca algunos *culturalistas*, pero sin duda condiciona nuestra conducta. En esa dinámica, el individuo está con su carga histórica, pero conserva su voluntad personal transformadora, no sólo en su fuero privado, sino principalmente en relación con los otros individuos, en el marco de las dinámicas de sus respectivas sociedades.



Con frecuencia suele definirse cultura política (Di Tella, 2004:146) como “...el conjunto de actitudes, normas y creencias compartidas más o menos ampliamente por los miembros de una determinada unidad social y que tienen como objeto fenómenos políticos”. Sin embargo, como observa el propio Torcuato S. Di Tella, tal definición puede ser restrictiva, por lo que a su juicio debe incluirse dentro de lo que entendemos por cultura política al discurso político o social “no solamente cuando hable de política”, sino también cuando sin hablar explícitamente de política tenga un impacto transformador en las relaciones entre los individuos, tales como “... instaurar deberes, construir esperas y ciertas nociones del espacio social, generar creencias, obtener confianzas en determinados sistemas, etc.” (Di Tella, 2004:146).

El abordaje de la cultura política, asimismo, debe verse en el contexto de las instituciones y la participación ciudadana. A modo de síntesis, y tal como lo plantean los investigadores chilenos Miguel Andrade y Christian Miranda (2000: 4-5), pensamos que el ejercicio de la ciudadanía, o participación ciudadana, implica algunas condiciones: la fundamental es que se pertenezca a una comunidad política, esta pertenencia puede ser activa o pasiva; como segunda condición que existan mecanismos e instituciones con el fin de regular, articular, concretar y negociar la diversidad de intereses presentes en la sociedad; una tercera condición es la conciencia y determinación de la comunidad de una participación libre y, consciente de los derechos y deberes de esta condición, éstos serán capaces de poner en juego sus intereses y demandas pero sobre todo dispuestos a ejercer influencia en las decisiones públicas que derivan de estos espacios; un cuarto elemento es

la vigencia de un espacio público de interacción en el cual se validen los diferentes intereses presentes en la sociedad.

Las contradicciones y situaciones de tensión se expresan en diferentes ámbitos en la interacción entre instituciones e individuos. En Venezuela, por ejemplo, no siempre se vería -en términos morales- como un mal sino como un bien la violación de una norma estatal para favorecer a una relación personal. Desde tal perspectiva, se invierten los valores según González Fabre, para quien si la sociedad no se percibe a sí misma fundada sobre un sistema de relaciones institucionales, sino que encuentra lo esencial de su socialidad en relaciones primarias, "... mediatizar la relación personal a favor de las reglas impersonales cobra un sesgo de inmoralidad: ¿cómo no facilitarle la vida a un amigo?" (González Fabre, 2005:27)

El país ha conocido esfuerzos y proyectos modernizadores a lo largo de varias décadas. Se trata de contraponer normas e instituciones modernas a las relaciones primarias. Sin embargo, podríamos decir que tal modernización ha sido disímil y en algunos casos ambigua, mientras que en ciertas esferas hemos asistido a un franco retroceso. El pacto de élites que le dio sustento al modelo democrático de 1958, si bien fue una conciliación cupular, no resultó un acuerdo de familias. Tal sistema político "... llegó a ser de partidos y no de caudillos, para luego volver a concentrarse en un caudillo" (González Fabre, 2005:31). Del mismo modo, las Fuerzas Armadas tuvieron un proceso de modernización relativa, dentro de un conjunto de instituciones, en los que algunos casos los personalismos -en la dirección de las mismas- fueron determinantes. Dentro de dichas instituciones, que trataban de exhibirse como modernas, especialmente a partir de la década de los 70, con el primer boom petrolero, siguió siendo un patrón culturalmente aceptado la referencia personal (de quién se es amigo o familiar), aunque con algunas excepciones en las que se apostó por la "meritocracia".

Como lo ha apuntado González Fabre, la modernización venezolana, ambigua o disímil, tiene una conexión con una disfuncionalidad de nuestra sociedad: "... resulta clara la incapacidad de nuestro sistema económico para producir internamente lo preciso para el bienestar de la población de acuerdo a las expectativas históricas del país. Quedamos entonces fiados al nivel de una renta que se genera fuera del control nuestro" (González Fabre, 2005:34). De acuerdo con este autor, tal disfuncionalidad tiene tres elementos; en primer término está la propia ineficiencia estatal en la producción de bienes y servicios, cuando los ha asumido como una tarea suya; en segundo lugar está un sector empresarial rentista, que vive del Estado, pero a su vez éste no establece reglas de juego perdurables en el tiempo; y por último están las expectativas de la población venezolana, expresadas en términos de consumo, que poca relación tienen con la capacidad real del aparato productivo nacional.

La dinámica de una sociedad que vive fundamentalmente de una renta que está fuera de su control y de sus posibilidades efectivas de producción, ha llevado a que una parte importante de la sociedad, al menos así lo revelan estudios desde fines de los años 70 (González Fabre, 2005:41), sostenga la siguiente opinión: "Venezuela es un país rico cuyo problema consiste en que los corruptos se han apoderado del Estado y lo están saqueando. Debemos pues poner en la presidencia a un hombre íntegro, preocupado por el país y por los pobres, y con ello se resuelve el problema".

¿Una cultura política en trance?

El sistema político venezolano atravesó a lo largo de la década de los años 80 y 90 una serie de hechos que erosionaron su credibilidad y demostraron la pérdida de su capacidad para conciliar intereses: viernes negro, Caracazo, intentos de golpe de Estado de 1992, juicio a un presidente en funciones, crisis bancaria. Este proceso tuvo un punto

culminante en 1998, cuando resultó electo como jefe de Estado Hugo Chávez, quien justamente había prometido “desmontar las bases de un sistema corrupto y agotado”. Como lo apuntó Carlos Guzmán (2005:61-62), en el país comenzaron a expresarse cambios en las orientaciones, evaluaciones y percepciones del ciudadano con respecto a la política, y de forma llamativa surgieron “... nuevas formas de acción colectiva en términos de campos antagónicos y excluyentes, inclinados por opciones radicales y antisistémicas”.

Este proceso tuvo como escenario la casi desaparición de la intermediación partidista, en un contexto de crisis institucional de la democracia caracterizada por: el cuestionamiento de las élites políticas, instrumentalización de la política y de la propia toma de decisiones, deslegitimación de los partidos, desideologización de la política, descenso en las variables de identificación partidista y participación electoral, una fase ascendente de pérdida de confianza institucional y pérdida de confianza en los partidos y sus líderes. De acuerdo con José Molina Vega, citado por Guzmán (2005:62), este proceso de *desinstitucionalización* de la mano de la “personalización de la política” supone una revisión de la propia cultura política del venezolano.

Se vivió, con mayor fuerza desde fines de los 80, el ocaso de lo que fue un *bipartidismo atenuado* -definido así por José Molina Vega (citado por Carlos Guzmán)- debido al predominio de dos partidos con opción de gobierno (Acción Democrática y COPEI) y la presencia de una tercera fuerza relevante (Movimiento al Socialismo), cuya votación parlamentaria osciló entre el 5% y el 10% en el período que abarcaron las elecciones desde 1973 hasta 1988. En la primera parte de los años 90, el modelo es definido como *consensual, no polarizado e institucional*, pero a fines de esa década, con las elecciones de 1998, entramos en una fase caracterizada por la aparición de la *desalineación partidista* y el *voto antipartido*. Se trata, siguiendo a Molina Vega, de un cambio para dar paso a la figura de un liderazgo personal dándose así una desconexión y cierta desvinculación entre los partidos, la sociedad y la propia opinión pública, lo cual entre otras cosas altera lo concerniente a los procesos de socialización política (Guzmán, 2005: 62).

De acuerdo con el análisis de varios autores, se palparon transformaciones en la cultura política. Dichas transformaciones, que se expresan principalmente en la última década del siglo XX, resultan acompañadas de un proceso de franco declive y *desinstitucionalización* de los actores políticos tradicionales, marcado esta vez por la *polarización* y la desalineación con las organizaciones partidistas con rasgos de volatilidad electoral, aparejado de la reestructuración del sistema político, el triunfo de nuevas organizaciones e incluso la convocatoria y aprobación de una nueva constitución. Sin embargo, no puede hacerse una lectura solamente desde el punto de vista de las instituciones. El agotamiento del sistema político venezolano con notoria pérdida de institucionalización se evidencia en muchos otros factores que tienen relación con *las percepciones, las creencias, las opiniones, las evaluaciones y las actitudes* que acompañan a los quehaceres de la política; vale decir, aquellos que configuran una particular representación social venezolana sobre el término democracia (Oropeza, 2004: 6).

A manera de ejemplo y tomando las cifras del artículo de Carlos Guzmán *La cultura política del venezolano* (2005:62), en 1995, se aplicó la encuesta sobre “*Cultura Democrática en Venezuela*” en tres ciudades venezolanas para un total de 700 casos (300 casos en Caracas, y 200 casos en Maracaibo y Mérida) por intermedio de Consultores 21 con la participación de la Fundación Pensamiento y Acción y, patrocinio del Instituto Republicano Internacional. A propósito de la definición normativa de democracia que se referían a Venezuela, los resultados alistaron: 1) La mayoría de los venezolanos “*quieren la democracia*”, aunque no a cualquier precio; 2) La *democracia pensada* estaba asociada fundamentalmente con libertad, como aspecto positivo, y con una serie de males presentes (corrupción, etc); 3) La *democracia deseada* hace referencia a unos “principios” (justicia,

igualdad) y a unos “bienes tangibles” (seguridad, desarrollo económico, bienestar), en condiciones de libertad, responsabilidad, orden y participación ciudadana.

Una década, en palabras de Tulio Hernández (2005), en la que Venezuela vive transformaciones profundas de su sistema político, con una situación de fragmentación, ruptura y polarización. Dichos fenómenos están en el país a partir del quiebre de las identidades políticas y de los imaginarios sociales que habían operado como sustento cultural y ‘cemento ideológico’ del sistema político, según el sociólogo, desde que en 1958 se lograron modos de convivencia instaurados consensualmente.

No puede, sin embargo, asumirse una tesis mecánica entre cambios políticos y transformaciones de la cultura política. Conviene recordar lo señalado por Thais Maingón y Jorge Díaz Polanco:

“La teoría de la cultura política señala que los cambios en una sociedad son a menudo el resultado de un conjunto de procesos que se viene gestando desde hace algún tiempo y por lo tanto es requisito que éstos se encuentren lo suficientemente presentes en la sociedad para estar en condiciones de medirlos, analizarlos, aprehenderlos y comprenderlos. Los cambios de la cultura política no son fáciles de estudiar y demandan análisis sucesivos en el tiempo para darle seguimiento a las opiniones, percepciones y actitudes que tienen o expresan los ciudadanos respecto a los mismos”. (2002: 3)

El concepto cultura política describe “las actitudes, creencias y reglas que guían un sistema político, que están determinadas conjuntamente por la historia del sistema y las experiencias de sus miembros”; los valores, concepciones y actitudes que se orientan hacia el ámbito específicamente político, es decir, el conjunto de elementos que configuran “la percepción subjetiva que tiene una población respecto del poder”, es el núcleo de lo que se denomina cultura política¹ (Guzmán, 2005: 64). Conviene no olvidarlo para poder colocar en balanza los cambios sustantivos que han tenido lugar en Venezuela en los últimos años y cómo se relacionan con la cultura política de los venezolanos.

Los venezolanos y la democracia

A partir de la revisión de estudios de opinión se puede tener una primera aproximación a esa relación que tienen los venezolanos con la democracia. Según Ángel Oropeza (2004:11): Los datos permiten sugerir la preponderancia de una concepción particular de democracia donde las referencias a los estilos autocráticos y de “mano dura” son más frecuentes que las referencias a contenidos que resalten la importancia del consenso y de las soluciones conciliatorias como norma distintiva de un sistema democrático. De acuerdo con este autor, “... hay razones para suponer la existencia en la Venezuela contemporánea de una tensión entre conflicto y consenso”, cuando se aborda la representación social de la democracia entre los venezolanos (Oropeza, 2004: 11).

Tal tensión o incluso contradicción se ve claramente al revisar los estudios realizados por la Corporación Latinobarómetro desde 1995 hasta el 2004, a través de la aplicación anual de su Encuesta Latinobarómetro. Los datos señalan una postura claramente dominante por parte de los venezolanos en el rechazo a los gobiernos militares. Sin embargo, ante el auge de problemas como delincuencia, inseguridad ciudadana y corrupción, los venezolanos consideraban necesario que el gobierno aplique medidas más drásticas, calificando que un poco de mano dura del gobierno no le viene mal al país, con un

¹ Por su parte, Oropeza (2008) precisa que el término “cultura política” ha sido usado como un “concepto paraguas”, que cubre –como definición mínima- la estructura compleja de percepciones, creencias, valores y conductas relacionados con la política, compartida por la mayoría de los miembros de una sociedad.

setenta y ocho por ciento (78%) de aceptación para 1995 y un descenso de 25 puntos porcentuales para el 2004 ubicándose en cincuenta y tres por ciento (53%). Otro dato de dicho estudio (Latinobarómetro, 2004) revela que Venezuela está entre los cinco países donde la percepción ciudadana es más baja en relación con esta idea: la discusión pública favorece a la democracia; sólo 49% de los venezolanos cree en ello, mientras que en Uruguay lo hace el 72%.

Para algunos autores (Guzmán, 2005: 65), en Venezuela debe hablarse de una contraposición entre una cultura política autoritaria y una cultura política democrática. De



acuerdo con Guzmán, los resultados de las encuestas de opinión pública desde 1979 indican, en términos generales, que entre los venezolanos existe una tendencia destacada a dar mayor importancia a características sistémicas asociadas a los valores de orden, libertad, justicia e igualdad para la consecución de ciertos fines sustantivos (Guzmán: 2005: 65-66). Esto significa, a grandes trazos, que el venezolano parece darle mayor importancia a características

sistémicas como “condición” de situación social que a los elementos procedimentales de la democracia, si entendemos a la democracia como un procedimiento político instaurado para defender los derechos y las libertades de los individuos frente al poder del Estado.

Tal como lo han constatado otros investigadores, “... los venezolanos perciben a la democracia como aquél sistema de gobierno que tiene dos fines principales: el mantenimiento del orden y de la libertad (Maingón y Díaz Polanco, 2002: 4). Sin embargo, vale acotar, con Oropeza (2004), que al referirse a la idea de libertad debe diferenciarse entre una concepción individual, personalista, y otra más social o política del término. A su juicio, el habitante de Venezuela parece privilegiar la libertad conductual de las personas por encima de la calidad de las libertades públicas². Para un venezolano común, la democracia se asocia principalmente con la consecución de ciertos fines sustantivos, tales como la “mayor suma de felicidad posible”, la igualdad, la comprensión, la justicia, y el “bienestar general” (Oropeza, 2004). Visto desde tal perspectiva, el venezolano tiende a concebir principalmente la democracia como un sistema que tiene que garantizar a la población la satisfacción de demandas sociales.

Como lo detectó una amplia investigación de Gladys Villarroel en 1993, citada por Ángel Oropeza (2004), los venezolanos favorecen en primer término una democracia orientada al desarrollo económico y con contenidos sociales. De esta forma, tiene preeminencia entre los venezolanos una idea de democracia como “condición” o “democracia sustantiva”, acompañada en menor grado de una concepción de democracia “método” u “operativa”. Ésta última, además, limitada básicamente a su dimensión electoral, dejando en un segundo plano otros aspectos formales que caracterizan a un modelo democrático como: control civil de las fuerzas armadas, tolerancia a la oposición, contrapeso de poderes públicos, transparencia de los procesos electorales, etcétera. Esta preponderancia de lo electoral puede ayudar a entender que Venezuela encabezara la tabla regional en 2005, en el informe Latinobarómetro de ese año, ante la pregunta ¿Cuán

² En el caso de Venezuela, según Oropeza (2008), varias investigaciones apuntan hacia la preeminencia de una restringida concepción individual de libertad (o “libertad negativa”, asociada principalmente a la ausencia de restricciones o limitaciones), en desmedro de la necesaria (y complementaria) concepción positiva o política del término. Según estos hallazgos, el venezolano privilegia –o, al menos, presta más atención– a la libertad conductual de las personas que a la calidad de las libertades políticas, que son justamente las que garantizan la viabilidad y permanencia en el tiempo de las primeras. Esto permitiría explicar algunas de las aparentes paradojas en su comportamiento político.

democrático es el país? En una escala del 1 al 10, en la cual 10 era equivalente a totalmente democrático, la escala de los venezolanos fue de 7,6 (Latinobarómetro, 2005: 49).

La opción democrática, con sus características propias de Venezuela, parece haber dominado la escena de la nación a partir de 1958, y no puede menospreciarse tal logro político para lograr la convivencia social. Desde que comenzaron a realizarse los primeros estudios de opinión sobre los valores políticos, a inicios de la década de los años 70, se ha mantenido históricamente alto el apoyo al modelo democrático, más allá de la insatisfacción con la gestión de ciertos gobiernos y la pérdida de credibilidad en los partidos.

La encuesta Mundial de Valores realizada en Venezuela en 1995-1996 y 2000, pidió a los entrevistados que dijeran si estaban *“muy de acuerdo”*, *“algo de acuerdo”*, *“algo en desacuerdo”* o *“muy en desacuerdo”* con la frase: *“La democracia puede tener problemas, pero es mejor que cualquier otro sistema de gobierno”*. El porcentaje de quienes estuvieron muy de acuerdo o de acuerdo con esta idea fue ochenta y seis por ciento (86%) en 1995 y, noventa y tres por ciento (93%) en el 2000. Como puede verse, el apoyo al régimen democrático en el caso de Venezuela se ha mantenido a pesar del proceso de des-institucionalización del sistema de partidos.

Sin embargo, como recuerda Carlos Guzmán (2005: 68) a pesar de este apoyo claro al sistema democrático, no puede obviarse que históricamente ha gravitado la posibilidad de una salida militar, justamente para establecer el orden. El estudio de Baloyra, en 1973, cuando pocos pensaban en la posibilidad de un golpe militar en Venezuela, algo más de la mitad de los entrevistados (51%) creían que, *en ciertas ocasiones, se justificaba un golpe de Estado*, independientemente de su posicionamiento ideológico: izquierda (55%), centro (56%) y derecha (55%)” (Guzmán, 2005: 68). Esto se vio reforzado por una investigación más reciente de Adolfo Vargas y Zaira Reverón, realizada en 2004. Si bien hay un rechazo al modelo de una dictadura militar, como tal, un 35% de los venezolanos apoyarían una salida de fuerza *“... si de esta manera pudiésemos resolver los problemas económicos y sociales del país”*. El apoyo baja sustancialmente cuando se usa el término dictadura, sólo 15% la respaldaría (Guzmán, 2005: 72).

Otra contradicción, propia de un campo como la cultura política, que se basa en percepciones e interpretaciones subjetivas de los ciudadanos, está en relación a la generación o no de consensos. De acuerdo con Oropeza (2004), en Venezuela existe una concepción de democracia que subraya la importancia y/o necesidad de los consensos entre intereses y sectores distintos, para la toma de decisiones, al lado de otra que parece enfatizar la necesidad que el gobierno asuma *“ejecutivamente”* las decisiones que se consideran necesarias, incluso recurriendo a prácticas coercitivas, por encima de la búsqueda de consensos y transacciones.

Junto a la mencionada contraposición entre consenso y prácticas coercitivas, existe una clara personificación de la política, y particularmente del ejercicio del poder. Según Oropeza (2004: 10-11), es evidente el predominio de los contenidos que hacen referencia a un locus externo de control por sobre un locus de control interno. Sobre este piso psicológico-actitudinal, entonces, la predisposición está en privilegiar -en ocasiones- el orden por encima de la libertad, y a aceptar soluciones mesiánicas y formulas simplistas para resolver los problemas; tal fenómeno tiene recurrencia *“tan alta como evidente”*.

La elección del presidente Hugo Chávez en 1998 debe verse como un fenómeno político multicausal. Después de repasar varios aspectos de cómo los venezolanos entienden la democracia, como parte de su cultura política, y de revisar en los primeros párrafos la crisis institucional que vivió el modelo democrático de 1958, puede comprenderse el ascenso de un *outsider* de los partidos tradicionales a la primera magistratura, y que haya mantenido durante largos años altos niveles de aceptación

popular, amparado en un discurso que reivindica la justicia social como prioridad de la acción gubernamental.

Dos miradas foráneas

A lo largo de las páginas precedentes nos hemos concentrado en el manejo de autores venezolanos, o residiados largamente en el país, para analizar el tema de la cultura política en Venezuela, en las últimas tres décadas. Nos parece enriquecedor traer a colación dos miradas foráneas que nos aporten otras vertientes de análisis.

En primer término, el texto de Kenneth Roberts, "*Polarización social y resurgimiento del populismo en Venezuela*", ayuda a ubicar el punto de quiebre de un modelo democrático, que a partir de su fundación en 1958 gozó de tres décadas de un relativo éxito en la conciliación de intereses y en la resolución de conflictos. La poblada popular conocida como *El Caracazo*, ocurrida en febrero de 1989, marcó un antes y un después en la vida venezolana. Para Roberts constituyó el inicio de un período de conflictividad y polarización social. Si bien el plan económico del segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez tuvo marcha atrás, después de los sucesos, este nuevo modelo económico acentuó las diferencias políticas entre los estratos sociales. Aunque las reformas de Pérez encontraron oposición entre los líderes empresariales que dependían de los mercados locales protegidos y de las rentas petroleras administradas por el Estado, su receptividad en las clases media y alta fue en general mucho más favorable que entre los sectores pobres. Poco después de comenzar las reformas, las encuestas de opinión pública mostraron que en la clase alta las aprobaban casi el doble de quienes se oponían al nuevo modelo, mientras que en la clase baja el número de los que se oponían era más de seis veces superior al de quienes las apoyaban (Roberts, 2003: 85).

Por otro lado, Daniel H. Levine al analizar las tesis desarrolladas en el campo académico para explicar la decadencia del sistema democrático en Venezuela, ubica dos que están claramente en el campo de la cultura política. Según este autor, la primera escuela en sentirse reivindicada fue la de los "culturalistas". Estos autores sostienen que existe una unidad cultural subyacente y duradera en América Latina, hostil a la democracia y favorable a formas fuertes y autoritarias de gobierno, y que los esfuerzos por construir formas políticas diferentes (entiéndase democráticas) están finalmente destinados a estrellarse contra la roca de una cultura autoritaria persistente. Un exponente reciente de esta visión para Venezuela es Richard Hillman (Levine, 2001: 16).

Otra de las explicaciones que analiza Levine, para referirse al caso venezolano, está asociada con la tesis de que las características peculiares del petro-Estado (gigantesca burocracia, excesiva autonomía de los líderes, corrupción endémica masiva, instituciones elitistas y participación obstruida) hacen que esta particular democracia no sea ni viable ni democrática. No es democrática porque cuando el dinero se acaba, e incluso si el nivel de su crecimiento baja, el clientelismo se acaba y las lealtades se debilitan. No es democrática porque hay excesivo poder en manos del Estado y las élites de Estado, y demasiadas instancias de decisión quedan fuera del control popular. El trabajo de Terry Karl (1996) es el más cercano a esta posición (Levine, 2001: 17). Sin duda alguna el factor de la renta petrolera, que ya mencionamos en párrafos anteriores, es un asunto que no puede soslayarse al analizar la cultura política del venezolano.

Cambios radicales: A modo de conclusión

Venezuela ha tenido desde 1998, con la elección como presidente de Hugo Chávez, una serie de cambios radicales, en el orden político, institucional y discursivo. No es objeto de este ensayo analizar la naturaleza de tales transformaciones, pero es necesario no perderlas de vista cuando hablamos de la cultura política del venezolano. En algunos casos

los factores culturales, presentes en percepciones, opiniones y representaciones, ayudan a explicar los cambios políticos. En estos últimos párrafos nos apoyaremos en el texto de Valia Pereira Almaso, *Cambio político radical y actitud hacia la democracia en Venezuela*.

Como señalamos en párrafos anteriores, a partir de los estudios de opinión referidos, hay una notable tendencia de los venezolanos a apoyar la democracia como sistema de gobierno. De éste modelo, principalmente, los venezolanos rescatan el valor del voto, y quedan en un segundo plano otras características de la democracia, que tienen que ver con contrapesos institucionales, participación ciudadana, etcétera. De acuerdo con Pereira, a partir de allí, entonces, puede percibirse que los procesos de consulta y elecciones realizados desde 1999 en adelante son apreciados por una parte de los venezolanos como expresiones de vigencia democrática (2001:54). En el lapso de una década se han efectuado una docena de consultas electorales, incluyendo novedosos referendos para la aprobación de la constitución (1999) o para la revocación del cargo de jefe de Estado (2004). Sin duda que ello debe haber contribuido a fortalecer la imagen democrática de la nación en un sector importante del país.



Otro signo distintivo de los últimos años, con matices como vimos con antelación, tiene que ver con las preferencias democráticas o dictatoriales. Como lo evidencia el cuadro de Valia Pereira Almaso, la mayoría de los venezolanos se autodefine como demócratas, con pocas variaciones en el tiempo, e incluso no hubo cambios sustantivos ni siquiera en la década de los años 90, una época de gran descontento, inestabilidad política (dos intentos de golpes militares) y de cambios trascendentes en el comportamiento político de las personas (personalización de la política y descenso en el partidismo tradicional).

Cuadro 1³

Preferencia Democrática	BATOBA 1983	IEPDP 1993	VALORES 1995	REDPOL 1998	Consultores 21 2000
Demócratas	1.471 87%	1.133 87%	1.003 86%	1.174 79%	1.372 94%
No demócratas	218 13%	167 13%	159 14%	309 21%	80 6%
Casos No válidos	100	199	38	17	48
Muestra total	1.789	1.499	1.200	1.500	1.500

Fuente: Pereira Almaso, 2001: 56.

Pereira Almaso llama la atención, en relación con el cuadro 1, sobre los resultados del año 2000, cuando el país vivía una suerte de nuevo fervor democrático, tras la aprobación de la nueva constitución y amplio consenso en la necesidad de refundar el modelo político, bajo la égida de Hugo Chávez. Para la autora, "... el fenómeno del liderazgo de Chávez estimuló un entusiasmo masivo por la democracia, que incluye tanto a las personas muy descontentas como a una parte de aquellas de tendencia radical que eran resistentes al sistema democrático" (2001: 56). El discurso de Chávez, con constantes referencias a la justicia social (uno de los valores que los venezolanos identifican con el modelo democrático), junto a la reiterada invocación del poder soberano del pueblo, parecen haber

³ La encuesta BATOBA data de 1983, fue administrada por Enrique Baloyra y Aristides Torres. La encuesta IEPDP fue diseñada y aplicada en junio de 1993 por el Instituto de Estudios Políticos y Derecho Público de la Universidad del Zulia. La encuesta mundial de valores data de 1995. La Red Universitaria de Estudios Políticos de Venezuela (REDPOL) efectuó el sondeo en noviembre de 1998. La empresa Consultores 21 realizó la encuesta del año 2000 entre el 26 de junio y el 7 de julio de ese año.

despertado el interés por la democracia en sectores que vivieron una suerte de letargo político.

Finalmente, en esta valoración de la democracia, en un claro período de transición, es llamativo que los venezolanos le adjudiquen a la democracia aspectos que en realidad se relacionan con acciones gubernamentales. Así, al solicitar a los entrevistados en la encuesta REDPOL del 1998 (Pereira Almaso, 2001: 63) la opinión sobre lo peor de la democracia, en una pregunta abierta, el 46% señaló la corrupción, el 28% se refirió a la ineficacia social y funcional del Estado (pobreza, desatención social, inapropiada y deficiente administración) y un 13% a la delincuencia, entre otras variadas y minoritarias alternativas.

Como lo resalta Valia Pereira Almaso (2001: 64), "... la gente entrevistada no mencionó como lo peor de la democracia ninguno de los rasgos que la caracterizan como forma de gobierno, sino los aspectos negativos de la acción política gubernamental (corrupción, ineficiencia estatal y delincuencia)". Esto evidentemente indica la distinción que hacen los entrevistados entre la democracia y efectos sociales adversos de los gobiernos, lo cual refuerza la creencia de que la democracia, principalmente, debe producir políticas sociales. Es la razón, posiblemente, que llevó a que una mayoría del país aprobará los cambios radicales que proponía Hugo Chávez en su campaña electoral de 1998. Se trataba, a fin de cuentas, de encontrar cambios en la forma de gobernar el país, manteniendo un sistema democrático, entendiendo además a éste como sinónimo de elecciones regulares.

Fuentes consultadas

ANDRADE, M. y MIRANDA, C.

(2000): *Ciudadanía y educación: Un debate pendiente en Chile*. Universidad Austral: Santiago de Chile.

CORPORACIÓN LATINOBARÓMETRO

(2004): *Informe Latinobarómetro 2004. Una década de mediciones*. Corporación Latinobarómetro: Santiago de Chile. Consulta en línea el 22.02.2009: <http://www.latinobarometro.org>

(2005): *Informe Latinobarómetro 2005*. Corporación Latinobarómetro; Santiago de Chile. Consulta en línea el 22.02.2009: <http://www.latinobarometro.org>

DI TELLA, T.

(2004): *Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas*. Ariel: Buenos Aires.

GONZÁLEZ FABRE, R.

(2005): *La cultura pública en Venezuela*. Colección "Temas de formación sociopolítica" N° 43. Centro Gumilla: Caracas.

GUZMÁN, Carlos Enrique

(2005): La cultura política del venezolano. En: *Comunicación*. N° 130. Centro Gumilla, Caracas. pp. 60-75.

HERNÁNDEZ, Tulio

(2005): Venezuela 1989-2005: la polarización política como conflicto cultural. En: *Comunicación*. N° 132. Centro Gumilla: Caracas. pp. 88-101

LEVINE, D.

(2001): Diez tesis sobre la decadencia y la crisis de la democracia en Venezuela. En: *Venezuela en transición: elecciones y democracia 1998-2000*. Carrasquero, J., Maingon, T. y Welsch, F. (editores). Red Universitaria de Estudios Políticos de Venezuela: Caracas. pp. 10-35.

MAINGON, T. y DÍAZ POLANCO, J.

(2002): Comportamiento político-electoral del venezolano y construcción de tendencias: 1998 y 2000. En: *Cuadernos del Cendes*. N° 49. Cendes-UCV: Caracas. pp. 3-16.

NAÍM, M. y PIÑANGO, R.

(1986): *El caso Venezuela: Una ilusión de armonía*. Ediciones IESA: Caracas.

OROPEZA, A.

(2004): *Manuscrito del examen doctoral*. Universidad Simón Bolívar: Caracas. Mimeo.

(2008): Libertad positiva y liberación popular. En: *El Nacional*. 12.03.2008.

PEREIRA ALMAO, V.

(2001) Cambio político radical y actitud hacia la democracia en Venezuela. En: *Venezuela en transición: elecciones y democracia 1998-2000*. Carrasquero, J., Maingon, T. y Welsch, F. (editores). Red Universitaria de Estudios Políticos de Venezuela: Caracas. pp. 52-68.

ROBERTS, K.

(2003): Polarización social y resurgimiento del populismo en Venezuela. En: *La política venezolana en la época de Chávez*. Ellner, S. y Hellinger, D. (Editores). Nueva Sociedad y Universidad de Oriente: Caracas. pp. 75-96.